

y el progreso de la humanidad abre el camino para pensar en el contexto latinoamericano de comienzos del siglo xx, en la realización de un arte comprometido con las causas sociales y políticas, donde se afirmen los ideales contemporáneos de libertad y de justicia.

Bibliografía

- Arango Restrepo, Sofía Stella y Fernández Uribe, Carlos Arturo. *Fundamentos estéticos de la crítica literaria en Colombia. Finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX*. Medellín: Trabajo de investigación en proceso de edición, Universidad de Antioquia, 2007.
- Arciniegas, Ismael Enrique. “Carlos Arturo Torres. Recuerdos literarios”, en: *El Nuevo Tiempo Literario*, Bogotá, Tomo III, N.º 979-1, 1905, 5-10.
- Bergson, Henri. *La evolución creadora*. Traducción de Pérez Torres. Barcelona: Planeta De Agostini, 1985.
- Díaz Guerra, Alirio. “Los poemas simbólicos”, en: *El Espectador*, Medellín, N.º 330, 1897, 933.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. “Carlos Arturo Torres y el pensamiento contemporáneo”, en: *Aquelarre*. Revista del Centro Cultural Universitario, Universidad del Tolima, Ibagué, Vol. 4, N.º 8, 2005, 27-28.
- Guyau, Jean Marie. *El arte desde el punto de vista sociológico*. Madrid: Librería de Fernando Fe, 1902.
- Jiménez Panesso, David. *Fin de siglo. Decadencia y modernidad. Ensayos sobre el modernismo en Colombia*. Bogotá: Editorial Presencia, 1994.
- Mesa, Darío. “La vida política después de Panamá. 1903-1922”, en: Mutis Durán, Santiago (ed.). *Manual de historia de Colombia*, Bogotá: Procultura, 1982.
- Porrás Vanegas, Germán Alexander. “Opinión Pública, ciudad y cultura en la obra periodística (1897-1898) de Carlos Arturo Torres”, en: *Estudios de Literatura Colombiana*, Medellín, N.º 14, 2004, 79-88.
- Rivas Groot, José María. *La lira nueva*. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1993.
- Sierra Mejía, Rubén. *Carlos Arturo Torres*. Bogotá: Procultura, 1989.
- Sierra Mejía, Rubén (ed.). *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002.
- Taine, Hipólito. *Filosofía del arte*. Tomo I. Madrid: Escalpe, 1950.
- Torres, Carlos Arturo. *Obras. Tomo I*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 2001.
- _____. *Obras. Tomos II y III*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 2002.
- Tovar González, Leonardo. “Ciencia y fe: Miguel Antonio Caro y las ideas positivas”, en: Sierra Mejía, Rubén (ed.). *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002.

El rastro en la arena: Barba Jacob, lector de Bolívar. Relectura de sus *Escritos mexicanos*

The trail in the sand: Barba Jacob reader of Bolívar. Reading of his *Escritos mexicanos*

Alberto Bejarano*
Universidad de Antioquia

Recibido: 3 de marzo. Aprobado: 31 de mayo de 2010 (Eds.)

Resumen: el artículo estudia la recepción de la vida y obra de Bolívar en los “escritos mexicanos” del poeta colombiano Porfirio Barba Jacob, publicados entre 1913 y 1942. Nuestro propósito es, por un lado, explorar las diversas lecturas que Barba Jacob hizo de Bolívar, en tanto héroe “carlyleano”; y por otra parte, problematizar los perfiles de Bolívar contruidos por Barba Jacob a lo largo de sus exilios en México.

Descriptores: historia de las ideas; Bolívar; Barba Jacob; pensamiento colombiano del siglo xx.

Abstract: this article studies Colombian poet Porfirio Barba Jacob’s reception of Bolívar’s life and thoughts between 1913 and 1942. Our purpose is, on the one hand, to explore Barba Jacob’s plural lecture of Bolívar as a “carlylean” hero and, on the other hand, to problematize the profiles of Bolívar built by Barba Jacob during his exiles in Mexico.

Key words: History of systems of thought; Bolívar; Barba Jacob; 20th century Colombian thought.

* Candidato a doctor en Filosofía en la Universidad París 8 (kinephilo@gmail.com). Maestría en Filosofía y Estética de la Universidad París 8. Este artículo hace parte de las reflexiones sobre su tema de tesis: “¿Cómo pensar el siglo xx? Narraciones (extra)ordinarias”.

A Margarita González, In Memoriam

Introducción

*Hacia atrás ha vivido y vive la pobre Colombia, que no espera ver
ya la conjunción magnífica de aquellos astros que se movían dentro de la órbita
inmensa del genio de Bolívar*
Barba Jacob, 2009, 41

La fascinación por la figura de Bolívar es algo transgeneracional, y si bien desde los tiempos de Santander y Páez ha habido todo tipo de detractores del “Padre de la patria”, la mayoría de escritores y poetas ha hecho su elogio, por una u otra razón. El poeta antioqueño Porfirio Barba Jacob (1883-1942) no es la excepción. Sin embargo, queda por explorar cuál fue su lectura particular de Bolívar en el contexto en el que la llevó a cabo, a saber, el México revolucionario de principios del siglo xx. Nos interesa estudiar el concepto de héroe (Bolívar) en Barba Jacob, con el fin de reconstruir formas y usos de lectura que nos permitan entender mejor la lectura personal del poeta. En ese sentido, el título del ensayo, al evocar un poema de Barba Jacob, se convierte en una metáfora que retrata paradójicamente la imagen que elabora el poeta de su héroe.

Barba Jacob hace una lectura particular de Carlyle que lo lleva a definir a Bolívar como un héroe constructor de la Historia y del destino “hispanoamericano”. Sin embargo, el aporte de Barba Jacob no radica tanto en su apropiación de Carlyle, sino más bien en su reescritura de algunas circunstancias históricas vividas por Bolívar, reescritas a la luz de las necesidades del presente del poeta, en torno a la tan anhelada “unidad hispanoamericana”.

Ahora bien, aunque la leyenda que rodea a Barba Jacob, difundida por él mismo, es la de haber sido un “errante y un marihuano”, el poeta no fue del todo un marginal sino un poeta hispanoamericano “mayor” en su momento (frecuentador de García Lorca, Octavio Paz y Alfonso Reyes) y casi tan conocido como Rubén Darío. Fue, eso sí, un nómada de cuatro vientos. Sus múltiples facetas dan para escritos de diverso tono. Sin embargo, para muchos, más que sus versos ha sido su vida “disipada” la que ha merecido comentarios exaltados. Faltaba, en todo caso, hasta la

publicación de *Escritos mexicanos*, abordar la faceta menos conocida de Barba Jacob: el prosista.

A pesar de que la mayoría de los *Escritos mexicanos* (2009) se dedican a comentar la actualidad mexicana y centroamericana de principios de siglo, encontramos valiosas piezas de reflexión sobre Bolívar en medio de los periplos y zozobras de los exilios y las huidas frenéticas de Barba Jacob. Aunque en la mayoría de artículos, el poeta no se ocupa de Colombia, como nos lo recuerda Eduardo García Aguilar en el prólogo del libro, los contados artículos en que aparece Bolívar son significativos, como lo mostraremos más adelante.

Barba Jacob de lejos...

*Por algo había dicho Bolívar, desde principios del siglo XIX, que a las revoluciones
hay que verlas de cerca y juzgarlas de lejos, si se quiere formar a propósito de
ellas un juicio digno de la posteridad*
Barba Jacob, 2009, 68

La anterior cita da cuenta de la manera como el poeta situaba a Bolívar en la historia de las ideas. Los juicios de Barba Jacob sobre “revoluciones y otros temas”, independientemente de la posición que se tome ante ellos, tienen esa rara virtud de mantener la “efervescencia” del momento y al mismo tiempo establecer cierta distancia con los acontecimientos que vive y describe. Esto le brinda a sus escritos un estilo inconfundible. Fue lo que, entre otras cosas, hizo Barba Jacob en México, “ver de cerca la revolución y juzgarla de lejos”. Quizá por ello sus testimonios tienen ese mismo sello que le adjudica el poeta a Bolívar: el juicio digno de la posteridad.

Barba Jacob, quien se ha radicado en México (con entradas y salidas múltiples) para vivir sus años más intensos desde 1913 hasta su muerte en 1942, escribe en diversos periódicos sobre diversos sucesos noticiosos, en especial políticos. Las notas van desde la Revolución mexicana hasta las dos guerras mundiales. En las contadas ocasiones en que se interesa por la historia de Colombia, lo hace para ilustrar al público mexicano sobre sucesos como la Batalla de Boyacá, o con la intención de polemizar con otros ensayistas que se refieren a Colombia por acontecimientos ligados al Canal de Panamá (en especial la aprobación del Tratado Urrutia-Thompson en 1914) o por la elección del presidente López Pumarejo y su visita a

México en 1934. Cuando se refiere a Colombia, una y otra vez aparece la sombra de Bolívar.

En un primer momento, la figura del héroe encarnada por Bolívar no es presentada por Barba Jacob como un ejemplo de gobierno de “mano dura” o dictatorial. En dos artículos dedicados a la historia de Colombia en el siglo XIX, Barba Jacob rehúsa ubicar a Bolívar al lado de Rosas o Porfirio Díaz, a quienes señala como líderes útiles para la consolidación de los estados nacionales, argentino y mexicano respectivamente. La posición política de Barba Jacob sobre la historia de Colombia (aunque no solo sobre ese tema) muta en diversos momentos y no solo por “intereses materiales” ligados a su supervivencia en años turbulentos sino por la oscilación de su pensamiento que lo lleva a veces de un campo ideológico al otro. En ese orden de ideas, la figura de Bolívar adquiere un lugar y una impronta inimitable en los escritos del poeta. Ningún otro personaje goza de un afecto y simpatía ilimitada como él. La pluma de Barba Jacob se contradice con frecuencia. Así, critica con vehemencia a los gobiernos conservadores de “La Regeneración” (1885-1900) en un artículo de 1913, y al año siguiente dirige un generoso elogio a esos mismos gobiernos.

En el primero de ellos, “La desastrosa administración de los católicos en Colombia”, presentado como respuesta a otro escritor cuyo nombre desconocemos, que publica una noticia sobre Colombia en el diario *La Nación*, Barba Jacob reacciona enérgicamente señalando la deplorable situación de opresión de libertades públicas que vive Colombia bajo la “Hegemonía conservadora” iniciada en 1886. El aspecto que más critica Barba Jacob es el confesionalismo de “La Regeneración” con respecto a la educación. Según sus propias palabras,

Hacia el año 1880 –en plena dominación liberal–, Colombia había recobrado el prestigio con que nació a la vida bajo el acero fulgurante de Simón Bolívar. El analfabetismo alcanzaba cifras que por lo reducidas no tienen ejemplo en nuestros anales. Las escuelas susurraban en todos los ámbitos del país; escuelas obligatorias, gratuitas y laicas. En las Universidades que entonces lo eran de verdad, se educaba libremente una generación entusiasta y viril [...] pero aquel tiempo, llamado con tanta razón “la edad de oro de Colombia”, concluyó en 1885 con el advenimiento del conservatismo al poder en virtud de la equívoca conducta del doctor Núñez [...] las escuelas cayeron en manos de los curas. A las lecciones de cosas, a la enseñanza de los rudimentos de física, de química agrícola, de dibujo, de higiene, sucedió la enseñanza

del catecismo de Astete. La historia universal fue proscrita, para ser reemplazada con la historia del antiguo testamento. En las Universidades se hizo obligatorio el texto de religión (54).

En este punto Barba Jacob parecería ser un liberal que se suma a las voces que tratan de explicar por qué solo en 1930 (con la República liberal) Colombia se enfila hacia “lo moderno”, después de pasar casi cincuenta años bajo la sombra confesional de la “Hegemonía conservadora”. Sin embargo, en otro artículo de 1914, “Los ideales de la Revolución y el ideal de la patria”, Barba Jacob asume la posición contraria. Lo que un año antes era recriminación hacia Rafael Núñez y los conservadores, por el estado de atraso social de Colombia, se convierte ahora en abierto aplauso. En este artículo busca Barba Jacob alertar a los lectores mexicanos sobre la inconveniencia de la Revolución, y la necesaria permanencia de gobiernos de “mano dura” o dictatoriales para garantizar el orden social. En Barba Jacob, no obstante, esta es una posición ambigua: por momentos elogia a Porfirio Díaz y censura a Emiliano Zapata; sin embargo, en otros artículos hace lo contrario. Insistimos en que no leemos estas declaraciones como una muestra de oportunismo de Barba Jacob ni como una decisión de “acomodarse” según los cambios de gobierno en México, por ejemplo. Las leemos más bien como una muestra de incertidumbre frente a las situaciones políticas que sobrepasan a la mayoría de los personajes de la época. De allí la imposibilidad de encasillar a Barba Jacob en una ideología política coherente. En todo caso, en 1914 la posición de Barba Jacob se ha modificado, al menos por el momento: “las ideas de Núñez al llevarse a la práctica han señalado a su patria el camino de una paz verdadera y le han abierto senderos de la prosperidad” (71).

Barba Jacob de cerca...

Para las nuevas libertades, nacerán nuevos Bolívares
(133)

Esta frase de Barba Jacob podría ser interpretada sin duda desde diversos campos y trincheras académicas y políticas. Una vez más aparece en escena la sombra de Bolívar, la figura más citada y elogiada por Barba Jacob a lo largo de sus *Escritos mexicanos*. Frente a otros personajes, bien sea de la

política mexicana –como Porfirio Díaz, Madero, Carranza o Pancho Villa– o de la política internacional –como Hitler, Mussolini, Trotsky o Franco–, el poeta oscilará entre el desprecio y la aprobación. Esto no se explica solamente por la progresiva evolución de las ideas de estos personajes, todos contemporáneos de Barba Jacob. Se explica también por lo que representa Bolívar para el poeta: un ejemplo de “virtudes y de rasgos americanos”, definidos por Barba Jacob como amor por la libertad. Dos artículos en particular constituyen la expresión más depurada del interés del poeta por Bolívar. Los dos rayan en la devoción. El primero fue publicado en *El Heraldo* de México el 7 de agosto de 1919. Allí el poeta reflexiona sobre los antecedentes de la independencia de Colombia y la acción político-militar de Bolívar. El segundo, publicado en el periódico *El Demócrata* el 24 de abril de 1921, es “El monumento a Bolívar en Nueva York”.

En el primero, Barba Jacob se detiene en un análisis pormenorizado de las razones que llevaron a la guerra de Independencia contra España y concluye, señalando los excesos y el terror aplicado por los peninsulares durante la “Reconquista” a partir de 1815:

El jefe realista, don Pablo morillo, a quien se dio el nombre de “El Pacificador”, quiso reducir a los insumisos habitantes por el hierro y el fuego. Su táctica no consistía en eliminar a los insurgentes, sino A LOS INSURGENTES QUE PENSABAN. Todo lo que en el país era talento, sabiduría, virtud, cayó a golpe de la cuchilla del célebre capitán (115).

Por otra parte, y en función de elevar la altura moral de Bolívar, Barba Jacob se vale de un episodio polémico entre Bolívar y Santander para destacar, una vez más, el perfil no solo heroico de Bolívar sino su “don de magnanimidad” con respecto a los vencidos, en este caso Barreiro y los oficiales españoles capturados después de la Batalla de Boyacá. Para Barba Jacob, “el mismo Barreiro y muchos de sus mejores oficiales eran prisioneros. ¡Lástima que, por culpa de Santander, se hubiese empañado el brillo de la victoria, con el inútil sacrificio del honrado y magnánimo coronel español y de sus compañeros de honor e infortunio!” (118).

Se refiere aquí Barba Jacob a una polémica que ha continuado hasta nuestros días, por la orden de fusilar a Barreiro y otros oficiales españoles. Para algunos historiadores la orden fue de Bolívar, y para otros, de Santander. Barba Jacob, acaso para “proteger” la imagen del héroe (Bolívar) que construye en el artículo, descarga toda la responsabilidad en Santander. Hay

que recordar que es una carta de Bolívar a Santander, varios años después del fusilamiento, la que “salva” el honor de Bolívar, pues este le pide a Santander que asuma la responsabilidad de la orden, algo que Santander rehusará siempre. En otros escritos, Santander argüirá que la detención precaria de Barreiro y sus oficiales ponía en peligro el orden público en Bogotá, incluyendo rumores nunca confirmados de un plan de fuga y revuelta de los prisioneros, y por ende la frágil victoria conseguida en Boyacá –recordemos que buena parte del país seguía en poder de los “realistas” en el sur y en la costa–; de allí la decisión de tomar esas medidas de choque. Santander también dirá que contó con la autorización de Bolívar, algo que este nunca aceptó.

En el segundo artículo, “El monumento a Bolívar en Nueva York”, nos encontramos con una postal de Bolívar *para la eternidad*, escrita por un Barba Jacob dedicado no solo a comparar la gloria de Bolívar con la de César, Alejandro Magno y Napoleón, sino sobre todo a destacar la manera como Bolívar construyó una “identidad” hispanoamericana. Aquí, en este escrito en especial, emerge un Bolívar que a primera vista nos recuerda al poeta y político de Guayaquil, Joaquín de Olmedo, y su monumental poema de 800 versos “A la victoria de Junín. Canto a Bolívar” (1825), que comentaremos más adelante. Un poema que recibiera por intermedio de una carta, una diplomática pero certera reprobación del mismo Bolívar, por considerarlo algo más que desproporcionado.

En el artículo de Barba Jacob, que tiene como telón de fondo la inauguración de la estatua de Bolívar en Nueva York por el presidente norteamericano Harding en 1921, el poeta reprueba el discurso de este sobre la doctrina Monroe y se consagra a exaltar las luchas por una Hispanoamérica unida, ineludible herencia de Bolívar según el poeta. Es curiosa la definición que Barba Jacob nos da del héroe: “El Libertador de Venezuela, Nueva Granada, Ecuador y Perú, al creador de Bolivia, el gran guerrero, gran escritor, gran revolucionario, gran sociólogo y gran estadista” (131). Sin embargo el mismo poeta se distanciará de esa idea y de estos propósitos en un escrito del 26 de julio de 1937 titulado “De espaldas a Bolívar”, donde expresa su inconformidad por la apropiación de Bolívar por parte de la izquierda mexicana de la época. Para Barba Jacob, “es indudable que las nuevas generaciones, en nuestro país y en otros de América, no solo no conocen –o las conocen superficialmente– la vida y la obra de Bolívar, sino que están

empeñadas en juzgar al Libertador conforme a los prejuicios marxistas y a las pasiones de ‘izquierda’ de este momento” (446).

Estas palabras, pronunciadas por Barba Jacob en 1937, parecen un testimonio actual sobre los “usos, desusos, y abusos” de figuras como Bolívar por parte de diversos sectores políticos. Valga agregar, no obstante, como lo hemos venido mostrando, que la lectura de Barba Jacob sobre Bolívar es inevitablemente parcial y en muchos casos también desproporcionada.

Por otra parte, y en sintonía con la preocupación de esos años por definir una identidad latinoamericana, basada en una “esencia” única, y que Vasconcelos bautizará luego como “raza cósmica”, Barba Jacob esculpe un exaltado retrato de Bolívar:

La virtud –en la significación latina de la palabra– da al Libertador un halo de romanticismo que no ciñe la figura de otros guerreros. Y la virtud en él es la iluminación, valor, ímpetu, improvisación generosa, fantasía desatada, sujeción a la realidad, gracia de artista, ternura de hombre, Bolívar asume en sí todas las energías nobles de la raza niña: él, como héroe de esa niñez magnífica, representa la originalidad de los pueblos latinos del nuevo mundo, y prueba la fuerza de ellos para las obras superiores de la civilización (131).

Un retrato que, no obstante su valor poético, se inscribe en una tradición inaugurada por el filósofo escocés Thomas Carlyle (1795-1881) y continuada hasta nuestros días por muchos cultivadores de las “grandes biografías”, como el historiador francés Max Gallo. Sin embargo, hay algo diferente en Barba Jacob: esa obsesión de los latinoamericanos, en especial en esos tiempos, por encontrar y demostrarle al mundo que se han ganado un lugar en la historia, lo que lleva al poeta y a otros a exagerar un tanto la dimensión “universal” de Bolívar. Sin embargo, más que la fuerza del elogio, lo que recogemos de las palabras de Barba Jacob es su habilidad para descifrar al personaje y reconstruirlo en forma directamente teatral. Por ejemplo, cuando dice que

Bolívar se alza, triunfa, brilla: su nombre resuena en Europa como emblema y augurio de las más generosas reivindicaciones; recoge las experiencias del poder, saborea las hieles humanas, y consume el viaje de circunnavegación del mundo moral, entre el rumor de las olas y de las palmas, en la melancolía de San Pedro Alejandrino. Como la de Sócrates, como la de Jesús, su muerte es conmovedora y ejemplar (129).

Retomemos en este punto el poema de Olmedo. Hemos dicho que en una primera mirada, el culto al héroe es compartido por los dos poetas. Sin embargo, las pretensiones y los estilos son completamente diferentes. En Barba Jacob, Bolívar es un héroe que mira más hacia el futuro que hacia el pasado, y en el caso de Olmedo ocurre lo contrario. Veamos un fragmento del poema de Olmedo:

*¡Oh Libertad! El héroe que podía
ser el brazo de Marte sanguinario,
ése es tu sacerdote más celoso,
y el primero que toma el incensario
y a tus aras se inclina silencioso.
¡Oh Libertad! Si al pueblo americano
la solemne misión ha dado el cielo
de domeñar el monstruo de la guerra
y dilatar tu imperio soberano
por las regiones todas de la tierra
y por las ondas todas de los mares
no temas, con este héroe, que algún día
eclipse el ciego error de tus resplandores,
superstición profane tus altares,
ni que insulte tu ley la tiranía;
ya tu imperio y tu culto son eternos (s. f., 36).¹*

Frente a esa avalancha de comparaciones que van *in crescendo* en los 800 versos de Olmedo, la respuesta de Bolívar en una de sus cartas más memorables es magistral y digna del más benigno “juicio de la posteridad” que tanto le interesaba a este y a Barba Jacob. Citamos un extenso extracto de ella, para ilustrar de forma amplia un autorretrato crítico del Libertador:

Todos los calores de la zona tórrida, todos los fuegos de Junín y Ayacucho, todos los rayos del Padre de Manco Capac, no han producido jamás una inflamación más intensa en la mente de un mortal. Vd. dispara donde no se ha disparado un tiro; Vd. abrasa la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamás en Junín; Vd. se hace dueño de todos los personajes: de mí forma un Júpiter; de Sucre un Marte; de La Mar un Agamenón y un Menelao; de Córdoba un Aquiles; de Necochea un Patroclo y un Ajax; de Miller un Diomedes, y de Lara un Ulises.

¹ Existe versión digital: <http://www.bibliotecasvirtuales.com/biblioteca/LiteraturaLatinoamericana/JoseJoaquindeOlmedo/lavictoriadeJunin.asp> [consultado el 6 de diciembre de 2009].

Todos tenemos nuestra sombra divina o heroica que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. Usted nos hace a su modo poético y fantástico; y para continuar en el país de la poesía la ficción de la fábula. Vd. nos eleva con su deidad mentirosa, como la águila de Júpiter levantó a los cielos a la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros traseros: Vd., pues, nos ha sublimado tanto, que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de lunes el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes. Así, amigo mío, Vd. nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenón, con la lanza de su Aquiles, y con la sabiduría de su Ulises. Si yo no fuese tan bueno y Vd. no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que Vd. había querido hacer una parodia de la Iliada con los héroes de nuestra pobre farsa. Mas no, no lo creo. Vd. es poeta y sabe bien, tanto como Bonaparte, que de lo heroico a lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres. Un americano leerá el poema de Vd. como un canto de Homero; y un español lo leerá como un canto del “Facistol” de Boileau (Bolívar, 1956, 32).

Vale la pena detenerse un momento en varias ideas sugeridas por Bolívar, quien para nosotros, parafraseando a Borges, pronunció en esta ocasión más que en otras –quizá más que en el mismo fragor de las campañas y las batallas–, “palabras sin duda históricas”.² Bolívar se pregunta si el culto al héroe que quiere instituir Olmedo no es exagerado y deja en el ambiente la idea de que el canto de Olmedo podría convertir las luchas americanas en una “parodia” de las gestas épicas griegas y sobre todo, insiste Bolívar, en una idea que controvierte la pretensión de Olmedo: “los héroes de nuestra pobre farsa”. Bolívar se refiere al poema de Olmedo con términos como “Inflamación intensa” y “deidad mentirosa”, y con expresiones como “de lo heroico a lo ridículo no hay sino un paso”, que no pueden esconder el malestar y el fastidio que le despierta el poema estrepitosamente adulator de Olmedo, quien además, al cabo de unos meses, se convertirá en uno de los peores enemigos de Bolívar en Perú.

Hay que precisar que aunque en Barba Jacob no tiene cabida una revisión crítica de Bolívar –las dictaduras de Bolívar y sus decisiones polémicas con respecto a los “poderes morales” o las presidencias vitalicias no despiertan el menor interés en Barba Jacob, quien se complace además en exaltar sin

cesar al héroe perfectamente americano–, de ninguna manera sus escritos pueden emparentarse con los de Olmedo, escritos con otros propósitos y en otras circunstancias –y sobre todo con intereses políticos–. Para decirlo en otros términos: tanto Olmedo como Barba Jacob se complacen en exaltar el carácter heroico de Bolívar, pero para el ecuatoriano Bolívar por muy “cantado” que sea, no es el “destino único de América”. En cambio el poeta colombiano se asienta más en la tesis central de Carlyle: el héroe no solo es protagonista de la historia, es quien la escribe.

Bolívar reaparece una y otra vez en los escritos de Barba Jacob como un espectro que recorre sus triunfos y sus exilios. Desde el principio, el poeta va construyendo el perfil de Bolívar como un héroe, a la manera de Carlyle. En el siguiente apartado –del escrito de Barba Jacob dedicado a la famosa entrevista entre Bolívar y San Martín en 1822, tras de la cual el general argentino abandonará para siempre cualquier ambición de poder y buscará un exilio definitivo de Perú y del Río de la Plata–, sugiere Barba Jacob que la grandeza de Bolívar radica en saber ganarse un lugar en la Historia. La entrevista es una victoria de Bolívar no solo por “ganar” el mando de Perú, y la gloria que espera cosechar expulsando a los últimos españoles de Suramérica, sino sobre todo, como lo enfatiza Barba Jacob, porque Bolívar logra arrebatarse “el honor” a su rival.

En Barba Jacob lo esencial es presentar a Bolívar siempre como un hombre ejemplar. Siempre en la grandeza y en la gloria y pocas veces en la decrepitud y en la ignominia. Así, Bolívar “derrota” a San Martín: “ante la fuerza íntima que emerge de todos los actos de Bolívar, aun los más naturales y sencillos, el ilustre general San Martín experimenta el asombro que causan los más imponentes espectáculos de la naturaleza, y resigna el mando y el honor en manos del padre de Colombia (Barba Jacob, 91).

Luego Barba Jacob agrega que la fuerza del discurso y los actos de Bolívar señalan un destino; de nuevo el espectro de la unidad hispano-americana. Así,

[...] a la manera que las vírgenes encantadas de las leyendas de oriente reposan en lo incógnito bajo la custodia de genios terribles, sobre la América se cierne la sombra augusta de Simón Bolívar, que no tiene la espada declinante como en el bronce de Tenerani, sino erguida en lo alto para señalar las claras rutas de la esperanza, como en la noche de Pativilca (67).

2 Nos referimos al poema de Borges “Página para recordar al Coronel Suárez”.

Se refiere Barba Jacob a Pativilca, ese pueblo de Perú donde Bolívar logró unificar las fuerzas que se disputaban entre sí, y enfrentar en un solo cuerpo a los españoles. Es constante la admiración de Barba Jacob por un Bolívar que logra “unificar”. Este deseo de unificar, o mejor, de agrupar las posiciones divergentes es uno de los rasgos permanentes de Bolívar. Lo podemos leer desde sus primeros escritos –y verlo en sus actos– hasta su última proclama, donde se lamenta, diciendo que “si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”. Sin embargo, ese mismo Bolívar moribundo había pronunciado también la célebre frase “aré en el mar”. O quizá, parafraseando un verso de Barba Jacob, podríamos decir que ese héroe del poeta también era apenas un rastro en la arena:

El rastro en la arena

*¿Querellas en el viento? ¿Clamor contra la nube
que sube y sube y la deshace un viento?
¿Congojas cuando el lirio del día se extenuó? [...]
¿qué importa que no duren sus rastros en la arena?* (2006, 136).

Conclusión

Barba Jacob esculpe a un Bolívar con pretensiones de “universalidad”, alejado de casi cualquier polémica local de su época. Bolívar es para Barba Jacob un héroe imprescriptible, cuya imagen no admite enmendaduras. La lectura particular del poeta es un homenaje constante hacia Bolívar, que busca resaltar la virtud principal del Libertador, según Barba Jacob: unificar los destinos de Hispanoamérica. De esta forma, el culto al héroe que construye Barba Jacob no se dirige al elogio gratuito y superficial de Bolívar o al homenaje estridente y oportunista, como en el caso de Olmedo, sino a la proyección hacia el presente de una figura tutelar, llamada a agrupar las posiciones políticas divergentes.

La Historia es para Barba Jacob una Historia que escriben los héroes con sus hazañas y gestas épicas. Quizá ignoraba Barba Jacob los dos últimos libros que conservó Bolívar, que resumen muy bien su perfil ambiguo y contradictorio, y al mismo tiempo su sentido “práctico” de la política: *El contrato social* de Rousseau y *El arte militar* de Montecuculi. En todo caso, el héroe de Barba Jacob, a la manera de Carlyle, es un hombre que marca su tiempo y que inscribe en la Historia su nombre con acontecimientos

imperecederos y marcas de grandeza. Como lo señala Barba Jacob en uno de sus artículos, “la Historia de la humanidad es la historia de los grandes hombres, decía Carlyle” (2009, 90).

Con seguridad, Barba Jacob hubiera suscrito estos pensamientos del filósofo escocés: “Ningún gran hombre vive en vano; la historia del mundo no pasa de ser la biografía de grandes hombres” (Carlyle, 1957, 201) o “El culto al heroísmo existe, ha existido y existirá para siempre en la conciencia de la humanidad” (89). En todo caso el Bolívar de Barba Jacob está hecho a la medida de la lectura de Carlyle. No tiene nada que ver, por supuesto, con el Bolívar de *El general en su laberinto*, donde García Márquez construye el arquetipo del guerrero derrotado y delirante, que se resigna del todo a aceptar su destino. Allí resuena mejor, con total verosimilitud, una frase inmortal de Bolívar, que difícilmente hubiera aceptado Barba Jacob: “Jesucristo, el Quijote y yo, somos los tres grandes majaderos de la historia”.

Bibliografía

- Barba Jacob, Porfirio. *Escritos mexicanos*. México: Fondo de Cultura Económica, 2009.
 _____. *Poesía completa*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2006.
 Bolívar, Simón. *Cartas del Libertador*. Bogotá: Banco de la República, 1956.
 Borges, Jorge Luis. *Antología poética*. Madrid: Alianza, 2004.
 Carlyle, Thomas. *Tratado de los héroes: de su culto y de lo heroico en la historia*. Barcelona: Iberia, 1957.
 García Márquez, Gabriel. *El General en su laberinto*. Bogotá: Oveja Negra, 1989.
 Olmedo, Joaquín, *Poesías*. Buenos Aires: Vitus, s. f.